

Patria

(De La Noticia, Managua.)

EN una casa principal, de familia rica, de las católicas según la creencia de los hombres, servía como criado un niño de 12 años llamado Julián. Se llamaba Julián, como hubiera podido llamarse Tranquilino, Gervasio, Marcial. No a todos los niños les andan escogiendo sus nombres. Su apellido, si lo tuvo, nadie pudo ni quiso averiguarlo.

Era Julián huérfano de solemnidad, por los cuatro cuarteles de su escudo, con mayúscula, completamente huérfano, uno de aquellos que nuestro señor llama parvulillos y mínimos, uno de aquellos que, ¡oh sustitución! hicieron que saliese de los Divinos Labios la más silenciosa palabra de la historia universal: «Y todo lo que con uno de estos mínimos y parvulillos hiciéreis, conmigo lo habéis hecho».—Sustituyendo, esto es, poniendo a Cristo en vez de Julián, la ecuación se resuelve, yo no digo cómo.

Julián se llamaba. Su nombre era su tesoro, lo único que tenía. Su nombre no se había gastado, sin embargo. De ser cierta una teoría de los ecos que leí no sé dónde, ya no me acuerdo cuando, en aquella casa de malos ricos, un oído hiperfísico pudiera oír en las altas horas de la noche; ¡an! ¡an! ¡an!, porque en aquella casa, en la mañana, al mediodía, en la tarde, en la noche, a todas horas, siempre, sólo se oía decir: ¡Julián! ¡Julián! ¡Julián! El padre, la madre, el señorito que vuelve del Instituto, la niña pelo corto que estaba semi-interna en el colegio de las monjas, el tenedor de libros, el chauffeur, el administrador, la costurera, y siempre en modo imperativo, jamás en optativo y subjuntivo, todos en aquella casa gritaban: ¡Julián! ¡Julián! ¡Julián!

¿Y para qué le llamaban? Pues para que hiciera todo lo que los demás no querían hacer, todos los trabajos pesados y desagradables. Ya le encontraremos un apellido: Julián Hace Todo. Julián Multiplícate. Los griegos hubieran dicho: ¡Julián Pas, Pasa, Pan!

Julián no sabía leer desde luego. No sabía escribir. No había hecho su primera comunión. Simpático, inteligente, leal, bueno, limpio, si no lo hubiesen mirado como a cosa, hubiera... pluscuamperfecto de subjuntivo y «el segundo es semejante al primero», amarás a tu prójimo como a ti mismo.

¿Y cuánto le pagaban? He conocido muchos Julianes, Tranquilinos y Gervasios que, «entregados» dicen en Nicaragua, leed esclavos, sirven de balde, a la mayor gloria de Dios. A nuestro Julián se le pagaba un córdoba. Un córdoba al mes. Así pues, para exigir de a legua, para pagar de a pulgada. Cómo entonces comprendemos la palabra del Apocalipsis: «¡Ven Señor Jesús, ven! ¡Así sea!» Como no ha venido todavía, por eso se le dice: *ven!* Sustituyendo, esto es, poniendo a Cristo en vez de Julián, se resolverá la ecuación, yo no digo cómo.

Después, como quien sale de Scyla para caer en Caribdis, Julián fué soldado y conoció la vida mala, peor y pésima de nuestros cuarteles y campamentos, hasta que un hermoso día, en guerra maldita de conservadores y liberales, para que surgiera otro gobierno burgués, enemigo nato de todos los innumerables Julianes, Tranquilinos y Gervasios, nuestro Julián, digo, cayó herido de muerte. *Infelix ego homo!* Al hospital, pues, y mañana al anfiteatro.—Pero antes que mueras, hermano parvulillo y mínimo, quisieras decirme al oído, ¿qué cosa es la Patria? Y Cristo, ¡divina sustitución! hablando por Julián, me dijo: La Patria es el lugar de la justicia. Y enton-

ces mi comentario fué la palabra de San Pablo: «No tenemos aquí ciudad permanente». *Nos habemus hic manentem civitatem.*

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nicaragua, setiembre de 1924.

El Sermón del Monte

A don OMAR DENGÓ,
afectuosamente

MÁS blanco que los lirios y las nieves; más suave que las nubes y la risa de los niños; más hondo que el alma; más bello y luminoso que todas las constelaciones, surgió el más hermoso poema que hayan oído los hombres: el Sermón del Monte.

Aquella página de honda trascendencia y de lumínica blancura, brotaba de labios del Profeta, en palabras, suave y sencilla como flor del camino. Y era la más grande y profunda doctrina que escuchaban los hombres, de Aquel que la practicaba, que la imponía con el ejemplo.

De aquel espíritu iniciado en todos los misterios divinos, torturado por el dolor humano, casto y resplandeciente en su pureza, como una fuente límpida y como una estrella. Era el Maestro de Amor, quien decía las bienaventuranzas con lenta y dulce voz. Dijo también en la misma ocasión: «Amad a vuestros enemigos; bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen». (San Mateo). Y eran sus palabras grandes rosas irisadas en la luz de su espíritu, que amó el dolor de todos los hombres y que consagró su vida al más noble sentimiento: el perdón.

Ebrio de bondad, mago de todos los arcanos, comprendía, sentía la múltiple gestación del alma humana. Sereno, con la serenidad que comunica la oculta sabiduría, su amor tuvo una finalidad: el sacrificio. Oh epopeya de la cruz, martirio de la carne, menos doloroso que el del espíritu, que macerado, se desgarró en sangre y en lágrimas y se hizo luz y brilló como una aureola por sobre la humanidad—que ahora está ciega porque el mismo fulgor de ésta luz le hirió los ojos.

Vinieron después Lucas, Mateo y otros; hablaron de Tí y mostraron tu insignia y fueron por todos lados, propagando la fe de tu doctrina. Luego apareció Juan, el visionario, el discípulo que más cerca estuvo de Tí y de Oriente a Occidente estremeció el alma de la humanidad con sus terribles visiones apocalípticas. Todos pasaron.

Ahora, en este siglo, la humanidad no te conoce, oh Jesús! profeta, maestro de amor y de perdón! El mundo ha olvidado tu doctrina; el cristianismo está profanado. La mezquindad humana es emperatriz y los sentimientos groseros de la carne dominan el mundo. Tu reino es de un reducido grupo de espíritus que van hacia La Luz!

Aquella vez dijiste: «No arrojéis vuestras perlas a los puercos, porque las hollarán». Eso se ha cumplido a través de muchos siglos, en la vasta mayoría de los hombres: han hollado tus perlas de fulgor divino, con planta de monstruos. Pero previéndolo así, tuviste para éstos, por inconscientes, la rosa de una bienaventuranza en tu grandioso Sermón de la Montaña!

CLARA DIANA

Octubre 1924.

